

# Visiones contrastadas de auto-ficción ultraperiférica: José Vicente Pascual y Sergio Mayor

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD  
Universidad de Granada

## Resumen

A través de los conceptos de autoficción y ultraperiferia se analiza la obra de dos autores, José Vicente Pascual González y Sergio Mayor Cáceres, de una generación nacida en pleno franquismo, y que hizo sus primeros pasos en la democracia española. Ambos, sin embargo, no han pagado la cuota del canon lorquiano, con sus redes de influencia y modos literarios vinculados al hecho neo-democrático, y por ello su literatura habita en los márgenes. Los dos comparten, además, el vínculo biográfico del *transterrado*, el uno de Granada a Canarias, y el otro a la inversa. En ese desplazamiento encuentran, a juicio del analista, su fuente de inspiración. Este artículo viene a corroborar las tesis previas del autor, antropólogo, en un libro reciente, sobre la importancia del fondo etnográfico en el proceso escritural.

**Palabras clave:** Ultraperiferia, realismo mágico, malditismo, Granada, Canarias.

## Abstract

Through the concepts of autofiction and ultraperiphery analyzes the work of two authors, José Vicente Pascual González and Sergio Mayor Cáceres, from a generation born in the midst of Franco's regime, and who took their first steps in the Spanish democracy. Both, however, have not paid the quota of the Lorquian canon, with its networks of influence and literary modes linked to the neo-democratic fact, and therefore their literature dwells on the margins. The two share, in addition, the biographical link of the *transterrado* (banished), the one from Granada to the Canary Islands, and the other the other way around. In this displacement they find, in the analyst's opinion, their source of inspiration. This article corroborates the previous thesis of the author, an anthropologist, in a recent book, on the importance of the ethnographic background in the writing process.

**Keywords:** Ultraperiphery, magic realism, Malditism, Granada, Canary Islands.



uando se acuñó, hace no mucho, el término “literantropología” (González Alcantud, 2022a), quedé suspendido, dubitante, en un punto, un “eje diamantino” ganivetiano, en el cual no sabía si maldecir para siempre la literatura en sí misma, por ocupar un espacio interpretativo excesivo que correspondería a las ciencias sociales, o tender algún ignoto puente entre aquella y estas, en particular con la Antropología, en búsqueda de su regeneración a través de la experiencialidad que proporciona el contacto vital etnográfico. Si hemos de remitirnos a la pequeña historia antropológica, María Pilar Panero ha puesto de manifiesto (Panero, 2022), que el ‘diálogo’ Literatura/Antropología tiene un largo aliento, prístino, desde los orígenes. Este pasado verano de 2022, compruebo al tratar en persona en La Habana, a Miguel Barnet, figura ya octogenaria de la Antropología y la Literatura cubanas, notablemente autor de *Biografía de un cimarrón* (1980), entre otros grandes libros, para qué sirve



la Antropología en su caso particular: para proporcionar argumentos de vida, con el fin de evitar que el autor acabe como los santos del Buñuel iconoclasta torturándose en sus soliloquios encima de una aislada columna en mitad del desierto. Barnet conoció al último esclavo cubano, Esteban Montejo, a finales de los cincuenta, y sobre su historia de vida, potentísima, construyó su “novela”, si pudiese ser llamada así. Este contacto con lo real le proporcionó potencia y verosimilitud a su relato (González Alcantud, e.p.). No solo de imaginación vive el autor.

Al *lorquismo*, corriente socio-estética emanada de la figura mítica del poeta y autor dramático Federico García Lorca y de su manantial literario, con sus cultos míticos y sus “petites histoires de famille” locales, no se le ha aplicado verdaderamente un criterio etnográfico que ayude a la comprensión del drama lorquiano. Solo interpretaciones historiográficas marcadas por el empirismo y/o interpretaciones ideológicas. Recientemente, y en calidad de antropólogo autorreflexivo (González Alcantud (2022c) el autor ha decidido contar “su historia” con el mito García Lorca, que resulta tan fantasmática como vivencial. Era una deuda que se debía a sí mismo, tras leer tanta crítica banal. Pero le quedaba enfrentar el lorquismo, es decir la corriente generada en derredor del poeta mártir. Para hacerlo, y no quedar atrapado en un debate inútil que otros intentaron sin éxito, aplicándose con furor a la demolición del mito y sus secuelas, ha preferido dar un rodeo por la ultraperiferia, como el lector comprobará.

García Lorca procede de un medio rural, el pueblo agrícola de Fuente Vaqueros, en el corazón más fértil de la vega de la histórica ciudad de Granada. Por su procedencia –pequeña burguesía agrícola o labradores– arrastrará la problemática rural en buena parte de su obra. Lorca se integra en la vida cultural de Granada, capital administrativa con proyección regional, con una clase media en ascenso, gracias al capital acumulado de origen azucarero amasado precisamente en la vega. El joven Lorca, un gran seductor, obtiene un gran aplauso público en los años veinte como conferenciante, dramaturgo y poeta. Fue bien aceptado, excepto por una minoría reaccionaria, preñada de rencor, que no le perdonó su ingenio para ridiculizarla, y que fue justo la que puso punto final a su vida, elevándolo con ello a mártir. Él había intuido proféticamente este final, al dedicar una obra a Mariana Pineda, otra mártir del liberalismo de la “ciudad vórtice”, como se ha catalogado a Granada, para enfatizar su conflictividad histórica, sea soterrada o abierta (González Alcantud, 2005).

En los años ochenta, con motivo del 50 aniversario de su trágica muerte en 1936, un grupo de literatos locales, que orbitaba en torno a una célula comunista, liderada por el historiador literario y pensador marxista Juan Carlos Rodríguez (1994), actualizaron y capitalizaron el discurso de García Lorca. Aquí sobresale, entre los triunfadores del momento, la figura de Antonio Muñoz Molina, entonces pequeño funcionario del ayuntamiento granadino, que procedente de un pueblo de la Jaén rural, consigue establecer una narrativa autorreflexiva –su niñez rural, su mili, su pandemia, su museo, su cosmopolitismo...–, que encontrará un gran eco nacional, y le granjeará gran número de seguidores. Por el contrario, el también novelista y comunista Felipe Alcaraz, también giennense, de una generación inmediatamente anterior, quedará fuera de juego por no integrarse en el lorquismo, sino en una reflexión coetánea de corte vivencial. El lorquismo se presenta como un filtro para lograr éxito e integración con el apoyo de los grupos mediáticos. Un primer filtro se ha establecido: hay quien consigue el éxito y quién no. Podríamos afirmar ecuanímente, por calidad literaria, pero también por gozar de apoyos mediático-políticos.

El lorquismo, no tanto en el ámbito nacional, sino estrictamente local, tenía, además, sus aduanas, fronteras y lugares. Estos sentaron sus reales a través de un movimiento poético formalizado llamado ‘la nueva sentimentalidad’, que, con poemas sin rima y reivindicando la vida cotidiana y a la gente común, proclamaba una nueva estética. Sin embargo, para conseguir confluir con el lorquismo histórico, no se deshacía en elogios a la vanguardia más radical, contracultural, podríamos aseverar, que había arrasado en Europa desde principios de siglo

XX. Dicha nueva sentimentalidad fue lanzada en particular en los años ochenta desde un bar-bistró, donde todo el que se preciara de poeta o literato debía dejarse ver en algún momento. El tabernero hacía de oficiante y oferente de aquella liturgia nocturna, común a todos los bares del planeta.

Por ese dominio del lorquismo oficial en los medios literarios locales de Granada, hemos elegido el término “ultraperiférico”, tal que hace la Unión Europea con regiones excéntricas, como las Islas Canarias, pero no con sus ciudadanos. Lo hacemos para designar la otra literatura, la que no ha pasado por el canon lorquiano y sus administradores. En la ultraperiferia de Granada, en el mal país (*badland*) del interior, en las zonas de estepas y montañas de la provincia, de sus lugares insólitos, muy distintos de la fértil vega plena de vegetación y regadío, ocurren otras cosas, que difícilmente son relatadas, o no atraen la atención del crítico. La Antropología, por su carácter intersticial, tiene más sensibilidad, por dedicarse a las subalteridades, para encontrar nuevos argumentos auto-reflexivos en el campo literario, que no sean historias de éxito puro y duro, y que surjan de esas periferias extremas. La ultraperiferia parece instituir como una *conditio sine qua non*, adoptada en acto de rebeldía consciente. Y ella esconde literaturas en combate abierto y franco con la autenticidad.

Con José Vicente Pascual González (Madrid, 1956), nuestro primer escritor traído a la palestra antropológica, tuvimos la experiencia conjunta de descubrir en los primeros años setenta el espacio de Fuente Grande, durante los largos veraneos de nuestra adolescencia y juventud. Fuente Grande era un lugar emblemático por haber sido donde fue ajusticiado en agosto de 1936 Federico García Lorca. Coincide este período con el éxito de la literatura sudamericana, en pleno *boom* editorial. *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, lo leímos aquellos jóvenes, en medio de un paisaje fantástico –el lugar era y es bellísimo– marcado por el martirio del poeta por antonomasia, como una auténtica revelación. Seguimos con Miguel Ángel Asturias, Juan Carlos Onetti, Julio Cortázar o Jorge Luis Borges, entre tantos. Fueron leídos con fruición de neófitos. Por el contrario, de la generación llamada del 27, solo llamaba la atención a otro miembro del grupo de Fuente Grande, Miguel Ángel Arcas, hoy poeta y editor, la obra de Rafael Alberti. A mí me llegaba profundamente solo Miguel Hernández, el poeta más “garbancero”, periférico, y honesto en mi opinión. Curiosamente Federico García Lorca no parecía llamarnos mucho la atención a ninguno. Yo leía a Lorca con los pies recostados sobre un pequeño pino con distancia, y quizás poca emoción. Solo en la obra teatral *Mariana Pineda*, sentía el frío glacial de encontrarme ante un drama que perduraba en el destino final del propio García Lorca.

José Vicente Pascual, que ha vivido una década en Tenerife, nos confirma en conversación en el verano de 2022 que la lectura de los clásicos del *boom* latinoamericano, y algunos otros bien previos, como Miguel Ángel Asturias, o excéntricos, como Juan Rulfo, le atraía más que la generación del 27. Recuerda no sé qué carro de la basura y un sujeto tras el cual iban los niños, que operaba cerca de su casa familiar en el límite de la ciudad de Granada y su vega, y que asocia espontáneamente a un personaje lorquiano. “Todo costumbrista”, asevera José Vicente, en definitiva, trabaja literariamente con temas narrativos más hundidos en la ola latinoamericana que en el lorquismo, lo que le ha granjeado cierta perifericidad, a pesar de sus éxitos públicos. Pascual González recibió, por ejemplo, el premio Azorín de 1988, el Café Gijón de 1993, el Alfonso XIII en 1995 o el Alfons el Magnànim en 2016, entre otros muchos. Su trayectoria está consolidada, y por lo bajo algunos miembros de su generación, como reconociendo algo que no les gustaría que así fuese, afirman que es el mejor narrador de su época y círculo.

Cuando leí *Isla de Lobos* de José Vicente Pascual, publicada en 2016, que le había supuesto como dijimos el premio Valencia Alfons el Magnànim, comprendí que se trataba de una obra maestra del género. En su primera obra, *La montaña de Taishán* (1990), Pascual González ajus-

taba cuentas con su ciudad en general, amén de con su generación y con la política antifranquista. El argumento trata de un crimen en el que se ve implicada una “célula ultraizquierdista” de corte maoísta, crimen que se comete en un lugar de Granada muy popular llamado “llano de la Perdiz”. Un lugar ordinario en la topografía periurbana de Granada, sobre la Alhambra, en cuyos alrededores existen aún ruinas de palacios islámicos anteriores, y sobre todo aljibes para recoger el agua de lluvia y la estratégica acequia real de la Alhambra, que permite artificialmente la existencia del vergel nazarí. Novela de intriga, en la que José Vicente Pascual, se salta literalmente República y Guerra Civil, para arribar a los sórdidos aledaños del maoísmo antifranquista, como en *La Chinoise*, el film delirante de Jean Louis Godard sobre el maoísmo sesentayochista. Crimen intelectual en una ciudad que en aquellos años al calor del triunfo socialista aún vivía y mucho del lorquismo, firmemente instrumentalizado con motivo del cincuentenario, en 1986, de la muerte del poeta malogrado. José Vicente Pascual hubo de replegarse, y siguió escribiendo, como impelido por el vicio supremo de relatar, pero teniendo que ganarse la vida como empleado de librería. Fue absorbido por una vida bohemia, a la que abruptamente tuvo que poner punto final por prescripción de los galenos. En el campo creativo tomó el camino, finalmente, de la novela histórica, donde hizo notables aportaciones, en particular su obra sobre el negro Juan Latino.

Le pregunto a José Vicente Pascual en el verano de 2022 por esas influencias juveniles, en un medio que él describe como “claustrofóbico”, en alusión no solo al régimen sino igualmente a sus contrarios, cultivando la guerra civil, como tema de fondo. No hay renovación escritural, y eso sitúa fuera del alcance del 27 a muchos jóvenes, que prefieren otra ‘contracultura’ literaria:

En fin, en este ambiente un poco claustrofóbico y otro poco depresivo, la irrupción de la narrativa hispanoamericana de la época es una vía de escape extraordinaria, el descubrimiento de que otra literatura era posible, otra forma de ver el mundo y otro pulso creativo capaz de devolver la ilusión por una novelística que fuese muchísimo más allá de las homilias morales de gente como Sender, Gironella, Manuel Pombo y otros muchos, entre los que incluyo a Delibes, un hombre que no escribió sobre la guerra pero manejaba todos los tics de los autores de posguerra. Las primeras apariciones de esta “nueva” narrativa, lógicamente, vienen detonadas por el premio Nobel de Miguel Ángel Asturias (no olvidemos qué tiempos vivíamos, cuáles eran los veneros de información que manejábamos). *El señor presidente* fue una revelación... ¡Se podía escribir frondoso, arriesgado y con estilo y deslumbrar al lector con una prosa empapada de néctar literario, todo ello sin dejar de ser un novelista contemporáneo y una buena persona! Enseguida llegarían García Márquez y sus libros sobre Macondo y los Buendía, en especial, como sabes, *Cien años de soledad*. Enseguida Cortázar, que es el menos suramericano del *boom* pero nos abre la puerta de la narrativa de vanguardia que se estaba haciendo en Europa (París, en aquel tiempo, era capital muy lejana, muy desconocida, salvo las ocurrencias de Sartre y algunos afines). Vendrían más autores apasionantes como Juan Rulfo, Lezama, Uslar Pietri... hasta el genio de Carpentier (curiosamente, anterior a muchos de ellos). Don Alejo es el primero (que yo sepa) que teoriza sobre el “realismo mágico” en el prólogo de *El reino de este mundo*, donde establece que la realidad suramericana está integrada por lo racional y lo espiritual ultramundano, en tanto que la percepción sobre el entorno es tan potente como la descripción objetiva del mismo; de tal planteamiento salen novelas alucinadas como *El Siglo de las luces* y personajes delirantes y divertidísimos como el primer magistrado de *El recurso del método*. Llegados a este punto, naturalmente, uno, en aquellos tiempos, no tenía más remedio que aceptar lo innegable: aquella era otra forma de narrar y la única manera de escapar de una literatura

grisácea, memorística, de lamentación y persistente en asuntos que, de entrada, nos interesaban muy poco<sup>1</sup>.

Sé que José Vicente estuvo habitando en diferentes partes de la península, hasta que me lo encontré expatriado hace pocos años en Tenerife. Momento en el que escribe *Isla de Lobos*. En esta se elevaba a otras cotas experienciales y escriturales, donde lo local ya no servía de telón de fondo. *Isla de Lobos*, sin embargo, era la deriva atlántica, que enlazaba con historias, como en nuestra adolescencia, de surrealidad, propias de Macondo, de García Márquez, o de Comala, de Juan Rulfo. Zonas de onirismo, de lenguaje hablado con los ancestros y con la tierra misma: telurismo. Volvía a encontrarme con la frescura de la adolescencia literaria. El jurado del premio que la distinguió sentenció: “Muy entretenida, con un punto mágico que te deja con ganas de más. Conjuga hábilmente elementos de ficción realista y mágica y consigue crear una atmósfera muy original”. Dos miembros de ese jurado se muestran menos cautos en sus alabanzas en la contraportada del libro, una vez editado: “Con la imaginación de García Márquez y la prosa de Carpentier, JVPD demuestra que quedan orillas por descubrir en literatura”. Y otro: “Un derroche de imaginación, con una prosa absorbente, exuberante, capaz de conjugar humor y drama”. José Vicente y yo quedamos citados en La Laguna; bebimos un refresco sin mácula de bohemia. Tiempo después, con el recordatorio de la lectura, he intentado llegar sin éxito a la auténtica isla de Lobos, una suerte de promontorio en mitad del océano Atlántico, anclado entre Fuerteventura y Lanzarote. Cuando la avistaba me dijo por teléfono: “Lugar entrañable, con algunas ruinas romanas”. Señala en la entrevista, cuyos fragmentos reproduzco, que nada más llegar a Canarias tuvo la experiencia del aislamiento, en una punta, casi isla, donde no tenían casi electricidad, y que, en cierta ocasión de manera ingenua, emulando a un Robinson, saludó con gran alegría la llegada de un helicóptero. Esta experiencia fue fundamental para inspirar e imaginar isla de Lobos.

Si hemos de pensar en las causalidades atmosféricas, al fin y a la postre en Tenerife hubo una fracción surrealista autóctona, con Óscar Domínguez al frente, llegué a imaginar que José Vicente, como Saramago en Lanzarote, se había reencontrado a sí mismo en la insularidad. Pensé en todas las maravillas que en el pasado llegaban de allá; en el hombre salvaje don Pedro González que recorrió tantas cortes europeas en el siglo XVI-XVII (Zapperi, 2006), y que era a buen seguro un noble guanche tinerfeño, o en las plantas que, en la Orotava, en un viaje tan breve como trascendente, impresionaron a Humboldt en el XVIII (Gebauer, 2009). En *Isla de Lobos* había encontrado Pascual la encarnación, su encarnación, tras pasar por *La Montaña de Taishán*, de su particular “locura equinoccial”. De esta guisa relata su encuentro con Isla de Lobos él mismo:

Aunque he tratado el asunto en varias de mis novelas, me atraía desde tiempo atrás el tema del naufragio y el subsiguiente del “rescatado de las aguas”, el renacimiento en la pureza original humana que siempre se ha centrado en torno a la imagen del agua y la emergencia de la conciencia. Ya sabes (qué te voy a contar), desde los mitos fundacionales sumerios (Adapa) al nacimiento de Venus de Botticelli, la nómina de mitos relacionados con el renacer de las aguas es abrumadora: el diluvio, Noé, Sargón, Odiseo, Aquiles, Mordred, Sigfrido, Pelayo, Santiago, Jonás, Robinson, Jesucristo en el Jordán... etc., etc., etc. Siempre me ha llamado la atención que la “creación” parte del barro como materia original pero la conciencia necesita ser pasada por agua; Adán y Eva, de barro y carne, más lelos no podían ser. En fin. Naturalmente, al renacer de las aguas le tenía que acompañar la pérdida de la memoria, o, mejor dicho, la reconstrucción de la memoria, símil de la pureza. Por otra parte, el escenario que me pareció idóneo para esta situación era una isla que no existe, en un tiempo que no fue y en un lugar que no está. Isla de Lobos, que sí

<sup>1</sup> Entrevista a José Vicente Pascual, por JAGA, agosto de 2022.

existe en Canarias, me pareció perfecta porque es un sitio deshabitado, despoblado y sin memoria. El único rastro de población humana que hay en aquel peñasco son las ruinas brevísimas de un asentamiento romano, pequeña industria de captura y tratamiento de crustáceos que servirían para la fabricación de púrpura. Nunca ha habido más asentamientos, salvo el de un farero que ya no opera (ni él ni el faro) y un camping minúsculo que se cerró hace ya décadas. La gente que trabaja allí ahora, atendiendo a los visitantes, por la noche toma la zodiac y se desplaza a Corralejo (Fuerteventura) donde viven todos ellos. Isla de Lobos, de noche, está desierta; de día hay turistas aburridos y senderistas que ascienden al volcán. Nada más.

Todo esto se combinó con una época en la que vivía en un diseminado llamado Golete, con código postal prestado, anejo de una pedanía de Güímar; o sea, en plata: el culo del mundo perdido en el Atlántico. Sonia y yo éramos inquilinos en una casa vieja sacudida por el alisio, batida por el oleaje a pocos metros de nuestras ventanas, un lugar solitario en el que pasaba días sin ver a nadie y donde había que coger el coche para ir a comprar tabaco. Duramos poco allí, pero la experiencia fue salvaje. Un día iba paseando al perro, pasó un helicóptero de la Guardia Civil y yo me puse a aspear y hacerle señas: “¡Aquí! ¡Aquí!”. Seguro que pensaron que era un loco o un gilón rematado. Eso sí, la anécdota me sirvió para encontrar el tono de *Isla de Lobos*: lo insólito normalizado, lo excepcional vivido con naturalidad, lo mágico en la soledad bajo plena potestad de la fuerza de la naturaleza; en Golete vivíamos sobre el océano y bajo el volcán, y esas dos presencias eran, a veces, sobrecogedoras.

En este viaje de autoficción el autor recala finalmente en “el tema”, uniendo las influencias juveniles de mayor impronta con el lugar y la experiencia, para resurgir a través de la fantasía creativa cabe afirmar de “lo real maravilloso” inagotable.

Vayamos al encuentro del segundo autor. Muchos años después conozco la literatura contundente de Sergio Mayor Cáceres (Las Palmas, 1962) a través del Facebook. Sus *posts* me llamaron la atención en medio de las banalidades que suelen prodigarse en las redes sociales: el autor poseía un fondo de lecturas que yo catalogaría de “malditas” muy amplio; sin embargo, sus referencias locales son más cercanas a los lugares comunes de la ciudad, calles, plazas, paisajes conocidos. He interrogado a Sergio Mayor, sacándolo un tanto de su auto-reclusión y rechazo a lo establecido. En este otoño de 2022, publica un poemario *malgré lui*, porque, confiesa, se lo han organizado su editora y su compañera, titulado en primera instancia *La mujer de la calle Las Tablas*. “Yo no soy poeta”, susurra, con timidez. Escritor tardío, que ha hecho el camino inverso a Pascual González: de Canarias a Granada.

Sergio Mayor habita en un pueblito de la estepa granadina, localizado en el fondo de un profundo barranco excavado en las ramblas del *badland*, Gorafe, desde el que en las noches cerradas puede verse el cielo estrellado. Es un pueblo medio troglodítico. Unos amigos que fueron maestros allí largos años, nos relatan la escasa vida local, encarnada entonces en el arqueólogo Manuel Sánchez, que iba descubriendo dólmenes y otros restos prehistóricos, por las estepas de lo que necesariamente debe ser catalogado de “mal país” en el sentido geográfico. Los arqueólogos suelen estar atraídos por esos lugares inhóspitos donde aún cabe sospechar que hubo otra vida antes en torno a las construcciones megalíticas. Cuando a través del teléfono contacto con Sergio, me disuade de entrevistarle oralmente, y me solicita el cuestionario por escrito, advirtiéndome: “En fin, le avisé: no será de gran ayuda. Por lo demás, me coge en un día de nihilismo acalorado. Mañana le diría otra cosa. No hay un sistema detrás de mi escritura”. Le hago ver lo que veo a través de su escritura: “La taberna de Servando... La portada de *Ciudad Mori*, uno de sus escasos libros, todo ello paisajes de desolación”.

Mayor Cáceres se dio a conocer a través de las redes sociales, como queda dicho, con narraciones cortas en las que dejaba un regusto a lo insólito, citando y trayendo a la palestra un malditismo que, a su prologuista, Miguel Dalmau, le recuerda al Louis-Ferdinand Celine, el escritor del fascismo existencial francés, de la náusea profunda que acusaba al mismísimo

Sartre de impostura. Le pregunto de manera natural por Cèline, a quien alude el prologuista de su obra, y me contesta un tanto desconcertado:

No recordaba la mención a Cèline y Sartre. A decir, verdad, apenas he leído el prólogo. Me da escepticismo y pudor. Es más, no he leído el libro. Sara, la editora, organizó una montonera a su manera. Si lo leyera, andaría lamentando adjetivos y preposiciones. Todo lo que escribo me parece inacabado<sup>2</sup>.

Evidentemente su toma de posición literaria no corre a favor de la corriente comunicacional. Nos explica el origen de su método o acaso no-método: “Me cuesta hablar de mis cosas por pudor, ignorancia y porque corro el peligro de ponerme pomposo. Mire, no veo un cuerpo argumental en lo que escribo, no al menos deliberado. Veo extravagancias. Fervores metafísicos que a uno le vienen grande”.

En el origen de su literatura se observa una radicalidad que podríamos conceptualizar de “anómica”, por marginalidad optativa honda, puesto que él mismo así lo recoge literaturizando su existencia:

Mi padre se quitó la vida. Era de esperar. Su padre lo había hecho, y su abuelo, y el padre de su abuelo... *and so it goes*, que dice Vonnegut. Observaba una tradición familiar. Un documento vecinal de principios del s. XVI relata que el magistrado de la Audiencia, Francisco Mayor de Lorenzo Cáceres, *colgose muy* limpiamente en el huerto de la capellanía de san Cristóbal de la Laguna. Desde entonces los varones de mi familia se suicidan con disciplina: los arzobispos, los crápulas, los dichosos, los desdichados, como si otra muerte fuera un apocamiento, una falta de carácter. (Mayor, 2020:19)

Con el fin de dialogar, le paso un texto publicado en Palermo hace muchos años titulado “Taberna y mística” (González Alcantud y Lorente Rivas, 1999), con el alcohol oferente de fondo. Me lo pide lleno curiosidad. Leído le hace exclamar:

Usted, señor, es una autoridad (ya no puedo tutearle) y cualquier cosa que diga le parecerá una ligereza. Usted es un hombre de erudiciones varias: antropología, historia, literatura, teodicea (le interesa el misterio del Mal), los griegos, los místicos superiores, los místicos inferiores.... ¿Sabe? Me ha situado en el Sacromonte (hice el Cou en el Avemaría), y en Casa Juana, tantas noches, y en una venta cuyo nombre no recuerdo, muy afamada en los ochenta, extramuros, quizás por el camino de Purchil, abierta toda la noche, paradero cuando cerraban los tugurios de Pedro Antonio [calle de bares y trasnoche en uno de los barrios más feos de Granada]. Felicite a Manuel Lorente, co-sabio del texto. ¡Ganas de leer a Vicente Núñez! Ganas de un velador de mármol reservado para mí, entre jornaleros, aislado, lejos de allí. Lúcida la cita de Baudelaire, la etílica y trinitaria, el Hijo surgido del dios animal y el dios vegetal, el Ser Superior que a veces llevamos dentro y nos visita en el bar de Servando. Yo querría beber, como dice Porfirio, en busca del Intelecto, pero bebo licores pesados, y no siempre soy “señor de mí” y acabo, tristemente como “los marineros y los soldados”.

Todo llevado como una liturgia religiosa, propia de tabernas y de iglesias, como señalaron en su momento David H. Thoreau, en la América profunda, y Marc Augé, en el París deslumbrante. Thoreau pontifica: “La escritura no deja de ser una banalidad prestigiosa, un escondite de léxico. La Biblia, la novela negra y Chateaubriand. Entiendo la trascendencia co-

<sup>2</sup> Entrevista a Sergio Mayor, por JAGA, agosto de 2022.

mo un divertimento de la intrascendencia. Uno juega a liturgias, juega a dioses y bares, incómodo de estar en un cuerpo". Para Thoreau la taberna reúne en su seno a los hombres surgidos de la naturaleza, como feligreses:

En estos rincones retirados, la Taberna es ante todo una casa (...), está caliente y abriga a sus habitantes. Es también simple y concreta para lo esencial como las grutas en las que habitaban los primeros hombres; es abierta y pública. Franqueando el umbral, el viajero es también el dueño de los lugares (...) En mi imaginación el alberguista está retirado en la naturaleza, con su hacha y su pala. (Thoreau, 2012:11)

Y en este medio, el alberguista o tabernero adquiere una gran autoridad: "Es un hombre de una experiencia infinita que une la mano al espíritu. Es un hombre más público que el hombre de Estado" (Thoreau, 2012: 17).

Marc Augé, insiste, al estilo Thoreau, en que el bistró tiene algo de religioso, de "lugar de lugares", donde se mezclan anonimato y reconocimiento, donde se come y se bebe ante la mirada displicente y atención eficaz del patrón del lugar, auténtico oficiante de un misterio compartido con sus clientes, unidos en una comunión atmosférica. Nosotros, Lorente y yo, íbamos por la misma senda, que ahora compruebo nos une místicamente a Sergio:

El bar de Servando, en Gorafe, es el más triste. No le gustaría a nadie. Mitologizo un Hogar del Pensionista. Por la mañana un par de viejos ocupa una mesa y juega a la baraja. Por la tarde, suele estar vacío. Alguna vez un borracho que perdió los dientes. Los grandes parroquianos han muerto y si uno se fija bien, sobreviven en los espejos. Siempre tuve querencia por los templos y los bares con camareros malhumorados donde el tiempo es espacioso y la gente no conversa. Hago una mística de lugares tristes y desiertos. No pinto gran cosa allí, un hijo de la burguesía, un inútil que a veces dice palabras esdrújulas. El pueblo es pequeño y a veces las campanas tocan a muerto. El otro día se ahorcó el señor Carmona, que aquí llamaban Maturana, a los ochenta y dos años. Todo esto es un rollo. Me gustaría leer *Taberna y Mística*. Creo en eso. El templo real y la taberna espirituosa.

Llegados a este punto, una pregunta clave gira en derredor del malditismo, que vive como un necesario estado de conciencia:

Si hubo malditismo (no lo sé), hubo quizás una voluntad religiosa, una voluntad de apartamiento. Hubo una ingenuidad. He buscado un estado de conciencia que supere la insuficiencia de la conciencia natural. Pero aún la conciencia superior me parece insuficiente. Me he dado al desierto y la fuga como si fuera posible una ontología, una gravedad por encima de la falta de sustancia. La modernidad ha llenado el pueblo de turistas, drones y caravanas. El médico me advierte del hígado. Mala cosa para el malditismo, ya sea una pose literaria (los malditos no llegan a los cuarenta años).

Las referencias literarias, doctas, de muchas lecturas, de sus textos son quebradas, ora alusiones directas al paisaje urbano, o al paisaje sin más. Lugares aparentemente sin historia, son catapultados a una suerte de *flânerie*, de pasear sin rumbo a lo Baudelaire por el París fin de siglo, que tanto llamaba la atención a Walter Benjamin. Entonces descubres que la portada de *Ciudad Mori*, es el paisaje de la desolación, de la pobreza humana, espiritual y material, tras la que se esconde una sabiduría antigua:



La portada de *Ciudad Mori* es la fotografía de estación de tren de Gorafe, hoy en ruinas. De ahí salía la gente para trabajar en Cataluña, Francia, Alemania... Hubo aquí una pobreza inconcebible. Hablo mucho con los viejos de aquellos tiempos, cuando vivían en las cuevas, sin agua ni luz, una habitación para la familia, otra para el burro, otra para el marrano o las gallinas. No hablo de la prehistoria. Hablo de los años setenta. Amo a esta gente. Siento un malestar moral. Mi abuelo paterno era latifundista. Mi bisabuelo materno fue juez y presidente de la Audiencia de Canarias. Mis padres tienen títulos universitarios, pero nadie sabe más que esta gente. Tendrías que conocer a Clavijo, pastor retirado, acordeonista, un sabio que se parece a Beckett.

Por lo demás, la revelación de la belleza es concreta. La Granada de Sergio Mayor me recuerda a la de Pedro Antonio de Alarcón, cuando huyendo de Guadix, una ciudad en la no había imprenta a mitad del siglo XIX, llegaba a Granada a través de las montañas. Arriba y te cuenta:



Aquel verano subía todas las noches por la Cuesta de Gomérez y fumaba sentado en el mirador de Carlos V. La ciudad me parecía mortuoria, pero no muerta. Entiéndame. He estado en ciudades muertas. Granada remite a otra cosa, a una muerte indecisa, a residuos psíquicos, a *spissitudo spiritualis*, que dice Corbin. La Alhambra, tal como la veía el año que viví en la Cuesta del Chapiz, parece un cementerio monumental. De noche, iluminada, una necrópolis aérea. No es un monumento feliz. Es el más hermoso, pero no es feliz. Y no está vivo, pues es materia, pero no está muerto, pues es materia. Diríase en estado de suspensión, el agotamiento animal y espiritual de la Casa Usher. ¿Maldición? No, una pesadumbre de templo, de tumba, de convento. Una densidad extraña, una vitalidad de la muerte, una voluntad de muerte incumplida.

Le interrogo por cuál es la maldición: “¿Hay que vivir como topos para sortearla? Esto es muy poco del gusto chovinista del granadino... Belleza estanca, fangosa...”. “Nenúfares del fango”, le llama el cantaor Lorente. Llegado a este punto prefiere diluirse, como un buen cuevero de las malas tierras de la provincia de Granada.

Si cabe extraer alguna conclusión definitiva de este acercamiento comparativo a dos escritores de la misma generación (1956/62), uno más temprano en su obra y vocación literaria, y otro más tardío, al menos en sus manifestaciones visibles, desplazados de sus lugares de origen, bien hacia la insularidad, bien hacia las estepas peninsulares, es que ambos no tuvieron en consideración el horizonte literario más potente, catalogable de “universal”, de la ciudad en la que vivieron su vida formativa, universitaria y cultural: es decir, el lorquismo.

¿La generación del 27? Lorca -nos había dicho Sergio-. Poco más, pero no soy Harold Bloom. No me gusta Cernuda y eso, seguramente, se debe a mi deficiencia. Lorca es un poeta puro, de poco pensamiento, puro, tocado por la gracia de la palabra y la mirada. Escribe *Poeta en Nueva York*, romanceros y la Tarara. Así pues, es un ser único, luminoso, universal, un genio. Y, sin embargo, hace años, muchísimos, que no vuelvo a Lorca.

Habida cuenta que las existencias de Pascual y Mayor coinciden con los fastos del cincuentenario que permiten a un grupo generacional llegar a las más altas cotas del reconocimiento público, del cual evidentemente nuestros autores se sienten ajenos, sin embargo, ambos se abren a otras experiencias que podríamos señalar como celinianas. En el caso de Sergio Mayor, dentro de la “cultura de la pobreza”, y del realismo mágico, caso de José Vicente Pascual. La fuente de inspiración procederá del momento por unas razones u otras de compartir los transterrados, verse abocados a abandonar la tierra primigenia, y reconstruir el

*genius loci* en otro lugar, creándose universos particulares, explicaciones a la experiencia de la belleza, Sergio, o al discurrir humano, José Vicente. Ambos, por lo demás, mantienen una posición excéntrica a la toma de decisiones literarias, aunque los actores principales de esa vida con proyección nacional e internacional, y sus valedores en la universidad, reconozcan periódicamente sus valías, sin más trascendencia siquiera para las políticas del reconocimiento.

En fin, me temo que ni José Vicente Pascual ni Sergio Mayor se han leído mutuamente. Sus caminos, como los de tantos otros, no han gozado de la sinergia suficiente, casi siempre procedente del poder de cada época, para hacerse conocer y conformar una “generación”, al menos en el sentido que otorgaba a esta palabra Julián Marías. El filósofo hacía valer la idea de generación para hacer inteligibles los cambios en el mundo y la inserción de los autores en esos cambios: “Las agrupaciones de hombres aparecen como personajes colectivos de la historia y la hacen inteligible: en muchos casos, las anomalías de ciertas figuras se hacen comprensibles tan pronto como se las adscribe a una generación y, sobre todo, se precisa su puesto dentro de ella y sus relaciones con las inmediatas” (Marías 1975:174). El excéntrico granadino Ganivet, al que hace mucha alusión Marías para insertarlo en su método generacional, estaba huérfano, estructuralmente hablando; hasta que fue insertado en la generación noventayochista para encontrarle una explicación ulterior. Cabe pensar que la soledad de Ganivet, como la de Pascual, Mayor, y tantos otros, que han tomado la literatura como un campo experiencial sin pagar cuotas previas, al insertarse en una generación, como concepto, los ubicamos y nos los explicamos. Ellos, así, podrían hipotéticamente pertenecer a una generación “contracultural”, que a través del *boom* latinoamericano o del malditismo francés e inglés, ahora podríamos explicarnos en la distancia abisal que el curso del tiempo va abriendo (González Alcantud, 2022b). De esta manera retornamos al control del discurso perdido porque con él guiamos el sentido.

Si hemos reunido, por la sola voluntad del crítico marcado por la antropología, a Mayor y Pascual, es porque las redes sociales, donde yo he conocido a uno, y he prolongado la amistad con otro, facilitan hoy día la existencia y difusión de una literatura diferente a la que los poderes epocales deseaban, para dejarnos solo una ventana de realidad literaria. Y todo ello sostenido en el campo de lo experiencial, en la relación entre arte y vida, que se apoya siempre sobre el fondo biográfico y etnográfico, tal como he defendido al poner encima de la mesa el concepto de la “Literantropología”.

### Bibliografía

- AUGÉ, Marc (2015) *Éloge du bistrot parisien*, París, Payot & Rivages.
- BARNET, Miguel (1980 [1966]) *Biografía de un cimarrón*, La Habana, Letras Cubanas.
- GEBAUER, Alfred (2009) *Alexander von Humboldt. Su semana en Tenerife, 1799*, Las Palmas de Gran Canaria, Zech.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio y Manuel LORENTE RIVAS (1999) “*Taberna y mística. Ebriedad y ascesis del conocimiento social en Andalucía*, *Archivo Antropológico Mediterraneo*, II, 1-2, pp. 17-22.
- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (2005) *La ciudad vórtice. Lo local, lugar fuerte de la memoria en tiempos de errancia*, Barcelona, Anthropos.
- (2022a) *Literantropología. El hecho literario entre cultura y contracultura*, Madrid, Abada.

- GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio, ed. (2022b) *Sur. De la dependencia a la eclosión contracultural andaluza (1960-1980)*, Madrid, Abada.
- (2022c) “Federico García Lorca: el mito en su contexto etnográfico”, en Rafael Pérez Taylor, ed., *Deslizamientos en la Antropología: la escritura, sus límites y sus alcances*, México, UNAM.
- (en prensa) “Miguel Barnet desde la ladera liter-antropológica. Una obra de fundación y encuentro”, en *EL Pez y la Flecha*, Universidad Veracruzana, México.
- MARÍAS, Julián (1975) *Literatura y generaciones*, Madrid, Austral.
- MAYOR CÁCERES, Sergio (2020) *Ciudad Mori*, Granada, Karima.
- PANERO GARCÍA, M.<sup>a</sup> Pilar (2021) “Antropología y literatura. La metáfora cultural, entre la emoción y la razón”, *Encrucijadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales*, 21.3, web.  
<https://recyt.fecyt.es/index.php/encrucijadas/article/view/90920> (03/01/2022)
- PASCUAL, José Vicente (1990) *La montaña de Taishán*, Alicante, Aguaclara.
- (2016) *Isla de lobos*, Barcelona, Versátil.
- RODRÍGUEZ, Juan Carlos (1994) *Lorca y el sentido. Un inconsciente para una historia*, Madrid, Akal.
- THOREAU, Henri David (2012) *Résister à la tentation du laissez-faire au réformisme et à l'esprit commercial des temps modernes*, ed. de Thierry Gillyboeuf, París, Mille et Une Nuits.
- ZAPPERI, Roberto (2006) *El salvaje gentilhomme de Tenerife. La singular historia de Pedro González y sus hijos*, Las Palmas de Gran Canaria, Zech.

